

Libros para la memoria del mundo

Por: Clinton Ramírez C.

Escribir un libro es un acto milagroso aun en estos tiempos digitales. Es todavía más milagroso conocer la sucesión de actos que concluye con la exhibición de un libro en las estanterías de donde lo toma un lector, desprevenido o avisado.

Desde la invención de la ciencia de la imprenta la producción de los libros creció a ritmos admirables. Disponemos en la actualidad de todavía más libros, en físicos y soporte digital, si bien tal abundancia marca una época en que a buena parte del mundo le cuesta comprender el sentido del más simple aviso publicitario.

Es una realidad corriente verificar que la lectura de libros en físico agoniza frente a las ofertas instantáneas de los medios audiovisuales, de los dispositivos digitales. Son igualmente conocidos los efectos indeseados que para el cerebro acarrea el abandono de la lectura en soporte físico en favor de la lectura digital, sobre todo la de consumo disperso, inconexo, inmediato que ocupa los ojos de media humanidad. En uno y otro caso, tanto para el libro tradicional como para el libro en línea, escasean los lectores en condiciones de dar cuenta de sus ideas básicas. La lectura continúa siendo, a pesar de los esfuerzos en contrario, un artículo sofisticado, privilegio de una minoría reducida.

Ignorar los rudimentos de la lectura, apartarse de la consulta meditada de los libros en físico o digital, tiene efectos tremendos y plantea dilemas difíciles de superar comparables a los intentos de dejar atrás la era de los combustibles fósiles y la opción de concebir hijos con solo cerrar los ojos.

Afortunadamente, existen escritores, investigadores, docentes, editores, familias y centros educativos dispuestos a afrontar los cortes derivados no solo de los cambios tecnológicos, sino de la pervivencia de una sociedad que mira los libros con desdén y hasta horror.

En una región necesitada de libros y de lectores, hay que agradecer que la Universidad del Magdalena mantenga su programa de fomento editorial. Tal firmeza es sin duda una de las mejores formas de intentar cerrar brechas en un país empeñado en vivir de espaldas a los muchos países que somos.

Producimos ahora los libros de investigación, de divulgación, de apoyo pedagógico, de literatura que pedíamos hace cuarenta años en las mesas de los comedores universitarios, resignados a leer las novedades editoriales producidas en otras latitudes del planeta; pero hoy, como en ninguna otra época, faltan sus depositarios legítimos, en un país que monopoliza internacionalmente los puestos inferiores en los escalafones de una competencia básica para la vida como la comprensión lectora.

«Los libros, además de crear lectores, los vinculan, así los separen el tiempo, las tentaciones de las calles,»

Toca crear lectores. Crearlos para ser y tener un lugar en un mundo de hombres y mujeres reales, no en uno de sombras, autómatas y llamativos anuncios publicitarios. ¿Alguna otra paradoja? Ninguna. Los libros, además de crear lectores, los vinculan, así los separen el tiempo, las tentaciones de las calles, los rigores del cambio climático y gobernantes ególatras.

Crear lectores competentes. Esta se antoja una tarea estratégica para un país que siempre pierde el año y el paso al final de cada ejercicio fiscal/escolar, así las cifras de los informes de gestión proclamen otras victorias. Se buscan lectores. Magníficas recompensas.